

REVOLUCION EN EL IMPERIO

Podría ocurrir que el imperio americano fuese un «imperio accidental», como dice Ronald Steel en su libro «Pax Americana» («The Viking Press», N. Y., 1967). «Somos un pueblo al que el manto del Imperio sienta mal, que no está adecuado para gobernar colonias». Los cientos de miles de ciudadanos de la metrópoli que se manifestaron en la «Marcha de los muertos» y el «Moratorium Day» debían sentir vivamente esa contradicción, esa sensación de que América «no es un lugar geográfico, sino una idea que ha producido una peculiar forma de sociedad», como ha escrito el inglés Robert Stephens. La especie de idea que ha formado la sociedad americana —el conjunto, el más bien amasijo de ideas de pureza democrática— está en pugna con la situación de imperio, quizá no tan involuntaria o tan accidental como cree Steel. Una clase dominante americana pretende, busca, establece y sostiene ese imperio desde hace docenas de años. Otro grupo lo repudia, tanto en nombre de una ideología como en nombre de sus propios intereses. En otros tiempos el ciudadano se identificaba con la empresa imperial de su país, se sentía más fuerte cuanto más dominador era el país al que pertenecía. El «civis romanus sum» era una expresión de este orgullo imperial. Pero hoy se ha llegado a saber que el imperio no es la obra de un país, sino de una clase dominante de un país, y que ese imperio se asienta no sólo sobre el pillaje colonial —esclavitud en cualquiera de sus formas, materias primas arrancadas a bajo precio— sino también sobre unas clases dominadas o inferiorizadas dentro del propio país. La aventura ultramarina es cara en dinero y en hombres. El dinero que cuesta el cuerpo expedicionario de los Estados Unidos en el Vietnam —y su establecimiento en la superficie del mundo— brota de la totalidad de los impuestos pagados por la nación, pero los beneficios de esa inversión colectiva revierten a las grandes industrias de guerra o de transformación de materias primas tomadas de otros países. La sangre que se vierte para ello es la sangre del pueblo. Cuando en las iglesias, las calles y los cam-

pos de los Estados Unidos se leía la lista de los 45.000 muertos norteamericanos del Vietnam, cuando se gritaban sus nombres a través de las verjas de la Casa Blanca estaban recordando este simple hecho. El de que son sus muertos y sus economías las que están sosteniendo el beneficio de unas clases dominantes por medio de la guerra del Vietnam. En este sentido, a poco que se recuerde a Marx, se trata de un acto revolucionario. Marx decía en la «Ideología alemana» (1846) que «los pensamientos de las clases dominantes son, en todas las épocas, los pensamientos dominantes», puesto que «la clase que tiene a su disposición los medios de producción dispone igualmente de los medios de la producción espiritual». Es innecesario repetir cómo ciertos medios de producción específicamente mental, como es el control de los llamados «medios de comunicación de masas», han multiplicado por mil el valor de aquella frase. Preveía que pudiera existir una cierta oposición y una cierta hostilidad entre dos grupos de la clase dominante, oposición y hostilidad que «desaparecen por sí mismas en todas las colisiones en las que esta clase misma está en peligro y se tiene la impresión de que los pensamientos dominantes no son los de la clase dominante y tienen un poder distinto del poder de dicha clase. La existencia de pensamientos revolucionarios en una época determinada supone siempre la existencia de una clase revolucionaria». La aparición de unas oposiciones y de unas hostilidades en la clase dominante de los Estados Unidos es puramente circunstancial y aparente. Tanto vale Nixon como Johnson, tanto valdría Humphrey o pudo valer Goldwater —que hoy apoya sin límites la política de Nixon—. El hecho nuevo y distinto es la aparición de un pensamiento revolucionario y de unos actos revolucionarios. No tenemos necesariamente que imaginarnos hoy una revolución con las estampas clásicas de la Francia de 1789 o la Rusia de 1917. Una revolución es el conjunto de hechos activos que emplea un sector de la sociedad cuando las vías orgánicas para defender sus intereses le están cerradas. Un amplio sector de la sociedad americana ha visto cerrado su acceso al poder, o su influencia sobre él, por una serie de sucesos patentes —los asesinatos en la familia Kennedy, la evicción del



EN SAN FRANCISCO.



EN WASHINGTON.

candidato McCarthy— y se produce de una manera revolucionaria. El hecho de que el tema del Vietnam vaya continuamente unido a temas eminentemente sociales —la lucha contra la pobreza, las libertades de expresión, los derechos de los negros— y que prácticamente sean las mismas personas y los mismos grupos los que se encuentren en la brecha de la lucha es la expresión de que existe un pensamiento revolucionario de conjunto. Y que el día del «Moratorium» se hayan producido manifestaciones y disturbios en otras partes del mundo explica que, al mismo tiempo que un problema nacional, se trata de un problema imperial. Puede decirse que existe un estado revolucionario dentro de los Estados Unidos de América y en las zonas de su imperio.

Ciertamente, los intereses de clase no lo explican todo en esta ocasión. Los movimientos revolucionarios de Occidente en esta época no obedecen enteramente a intereses de clase, si entendemos por intereses los puramente económicos. Ni Checoslovaquia ni París, en 1968, tuvieron como motor el hambre. Lo pueden tener los negros de los Estados Unidos, pero la guerra del Vietnam no es motivo suficiente para ello. Los 45.000 muertos no son una sangría suficiente en un país donde se producen más al año solamente por accidentes de tráfico. Hay un motor que llamaríamos moral. Puede estar, en este caso concreto, en esa idea de Stephens de que los Estados Unidos no son sólo una patria geográfica, un lugar en el mundo, sino «una idea que ha producido una sociedad peculiar». Esa idea está siendo ultrajada cada día. Está siendo ultrajada prácticamente desde la fundación de los Estados Unidos, desde el dominio del continente americano, de Latinoamérica. Ha tenido desde entonces un recubrimiento semántico. Se explicó entonces, con la malevolencia y la astucia de la prensa Hearst

que lanzó la campaña, que se defendía a los países colonizados del yugo colonizador —en aquel caso, se acusaba a España—, lema que sirvió después para la supuesta ayuda a los países africanos y asiáticos que se enfrentaban con la colonización europea. Se ha explicado después taxativamente con la doctrina Truman: «La política de los Estados Unidos debe ser la de ayudar a los pueblos libres que se resisten a los intentos de dominio ejercidos por minorías armadas o por presión exterior». Fueron las palabras que sirvieron para arrancar al Congreso los 400 millones de dólares que hacían falta en el momento para intervenir en Grecia y en Turquía. Lo que pasó en Turquía con el dominio de Menderes —hasta que éste fue ahorcado—, lo que no ha cesado de pasar en Grecia hasta la situación actual de ese desdichado país eran las mayores contradicciones que podían darse con esa declarada vocación de ayudar a los países a que fuesen «libres». Esa torsión semántica es la que ha dado al imperio americano su aspecto equívoco y falsamente «accidental». Ha sido la guerra del Vietnam la que ha desgarrado el manto de la hipocresía, la que ha terminado con una ficción en la que han creído durante muchos años los ciudadanos del Imperio. Han cesado de creer y le han dado a su revolución material el motor moral que estaban necesitando.

NO, EL MUNDO NO ESTÁ GOBERNADO

En el artículo de Haro Tecglen publicado la semana anterior faltaba un «NO». Comenzaba así: «Probablemente, en ninguna época del mundo se ha podido tener como se tiene ahora la sensación de que el mundo está dirigido». Debió decir: «... de que el mundo NO está dirigido». El resto del artículo estaba totalmente conforme a este último concepto. Pedimos perdón a quien esta errata haya podido inducir a confusión.